



Número 7 – diciembre de 2011

ISSN: 1668-3684

[WEB: BibliographicaAmericana](http://www.bn.gov.ar/revistas)

<http://www.bn.gov.ar/revistas>

**ABORÍGENES DE LA REGIÓN AUSTRAL SUDAMERICANA  
A FINES DEL SIGLO XVIII SEGÚN LAS IMÁGENES  
DE VIAJEROS ILUSTRADOS ESPAÑOLES**

**Martín A. Gentinetta**  
Córdoba, Argentina  
[mgentinetta@ffyh.unc.edu.ar](mailto:mgentinetta@ffyh.unc.edu.ar)



**BIBLIOTECA  
NACIONAL**

**Programa Nacional de Bibliografía Colonial  
Biblioteca Nacional  
Buenos Aires, Argentina**

## **Aborígenes de la región austral sudamericana a fines del siglo XVIII según las imágenes de viajeros ilustrados españoles**

Martín A. Gentinetta<sup>1</sup>

### **Introducción**

En la segunda mitad del setecientos, la monarquía borbónica organizó numerosas expediciones científicas y de reconocimiento territorial a sus posesiones, entre ellas a las americanas. Se esperaba que estos viajes aportasen información sobre variados asuntos –geográficos, económicos, poblacionales, etc.– que interesaban a los funcionarios de la Corona, o sea, que revestían importancia para la esfera política. Pero también eran útiles los eruditos, científicos, polemistas, que de una u otra manera se identificaban o formaban parte del movimiento ilustrado.<sup>2</sup> Muchas veces se daba el caso de que coincidía en una misma persona el político burócrata y el científico; otras que estos personajes concurren y compartieran espacios de sociabilidad como tertulias, academias o asociaciones de amigos del país. Muchos de estos individuos fueron los encargados del diseño y la puesta en práctica de las políticas reformistas que durante el siglo XVIII, con diferente ritmo y sin seguir un camino recto, se aplicaron dentro del imperio hispánico.

Entre ellos contamos a marinos y viajeros que participaron de las expediciones que tuvieron por destino la región austral sudamericana, que es la zona a la que se circunscribe este trabajo. Los expedicionarios tenían asignadas distintas tareas como realizar averiguaciones de los grupos aborígenes que habitaban los espacios periféricos y que no estaban sometidos al poder de la Corona, no eran vasallos del rey y mantenían su autonomía. Cualquier dato que pudiera recolectarse acerca de ellos era importante: formas de vida, usos y costumbres, prácticas religiosas, intercambios comerciales con otros grupos aborígenes y con españoles o si mantenían contacto con representantes de potencias enemigas de España. Los datos recolectados, las maneras en que se plasmaron las observaciones, así como las opiniones de los propios viajeros permitieron difundir distintas percepciones de esos nativos que vivían allende el imperio.

De acuerdo con Weber,<sup>3</sup> los aborígenes que no habían sido conquistados eran descriptos por los españoles como «indios bravos», «indios bozales», «indios infieles» o gentiles e indios «salvajes» o «bárbaros». Dichos adjetivos solían utilizarse de manera indistinta en el lenguaje coloquial, aunque a medida que avanzó la centuria los estudiosos españoles intentaron crear taxonomías y establecer diferentes matices de significado, según se tratara de uno u otro grupo o «nación» aborígen y de los vínculos que éstos mantenían con los pueblos y autoridades coloniales. Dentro de esta perspectiva, nos parece operante la propuesta de Zavala Cepeda para analizar las construcciones que realizaron los viajeros sobre los indígenas de la zona austral patagónica y, por ende, las imágenes que transmitieron tanto a los

funcionarios como a los posibles lectores, cuando las relaciones de viajes se publicaron.<sup>4</sup> Este autor sugiere cuatro pares de conceptos antagónicos a partir de los cuales reconstruye cómo eran percibidos los aborígenes del reino de Chile y las relaciones que ellos mantenían con los españoles en el siglo XVIII. Creemos que su formulación teórica puede extenderse a los habitantes del Estrecho de Magallanes y el espacio atlántico-patagónico.

De acuerdo al planteo de Zavala Cepeda, la primera categoría dicotómica se organiza en función de si los indígenas eran cristianos o paganos, puesto que la distinción religiosa se encontraba en la base del edificio colonial.<sup>5</sup> El segundo par de conceptos se vincula al ámbito cultural o civilizatorio. Estaban los indios que vivían en buen orden y urbanidad, rasgos propios de “los hombres prudentes entre quienes predomina la razón”.<sup>6</sup> A ellos se oponía el «bárbaro», es decir la persona a la que se concebía como inculta, grosera, llena de ignorancia, tosca, salvaje. A nivel político, los aborígenes podían considerarse amigos o enemigos, puesto que era posible vivir en paz y mantener relaciones armónicas o, por el contrario, constituían una amenaza para el mundo hispánico. Por último, y en América en particular, se había configurado una categorización, un punto de partida imposible de alterar, según el origen de la persona: estaban los «españoles» frente a los «indios». <sup>7</sup> Esta diferenciación se encuentra implícita, «naturalizada» puede decirse, en todos los documentos analizados; el término «indios» lo emplean sistemáticamente quienes escriben los textos para referirse a los aborígenes, incluso cuando utilizan un nombre propio, suelen acompañar el mismo con la esa palabra.<sup>8</sup>

La manera de entender las relaciones sobre la base de las anteriores dicotomías puede parecer una simplificación. No obstante, fue una de las estrategias que emplearon los propios españoles para representar, desde su percepción, las relaciones que existían entre ellos y los grupos indígenas. Este mecanismo puede inscribirse –junto con otros– en la postura que definió Pratt para explicar cómo mediante la literatura de viajes y los viajes de exploración, los europeos produjeron una concepción diferenciada de sí mismos en relación con algo diferente que llamaron “el resto del mundo”, y cómo ese tipo de prácticas legitimaron aspiraciones de expansión económica y la construcción de imperios.<sup>9</sup> Estos dos últimos objetivos conformaban el sustrato general del proyecto reformista borbónico que apuntaba a reestructurar el imperio y hacerlo rentable ubicando de nuevo a España entre las potencias centrales. Y éstos también integraban el armado de políticas reformistas más concretas, esas que reducían la atención a problemáticas específicas para intentar remediarlas.

Las fuentes redundan en explicaciones fundamentadas en un continuo uso de imágenes y caracterizaciones, cuando se refieren a los nativos, que plantean antagonismos. Los ejemplos incorporados en este trabajo revelan la apelación sistemática a esos pares dicotómicos, en particular las duplas de civilizado-bárbaro e indio amigo-enemigo. La segunda era pertinente para responder a necesidades políticas, vinculadas a la defensa de las fronteras; la primera, relacionada con las ideas ilustradas, ayudaba a

configurar al «otro» como sujeto con el cual establecer acuerdos y acercamientos, al tiempo que ofrecía elementos a los filósofos y otros eruditos de entonces preocupados por explicar y clasificar a los seres humanos dentro de los esquemas evolutivos del siglo de las luces.

Los textos analizados datan del último cuarto del siglo XVIII y se refieren a tres grupos de nativos. Los primeros son los Patagones, vistos a través de la detallada descripción que realizó Antonio de Viedma, fechada en 1783,<sup>10</sup> y del apartado de la publicación que recogió parte de los diarios de los oficiales que participaron del viaje al Estrecho de Magallanes en 1785-1786.<sup>11</sup> En segundo lugar, me detendré en los habitantes de Tierra del Fuego, utilizando el mismo documento anterior, el de la expedición de la Fragata *Santa María de la Cabeza*.<sup>12</sup> Por último, centraré la atención en algunas parcialidades que habitaban la zona patagónica norte, en las inmediaciones del Río Negro y sus afluentes, desde el fuerte español ubicado en su desembocadura y hasta la zona de la Cordillera. Para ello me valdré del testimonio de Basilio Villarino, piloto de la Real Armada que condujo la expedición de reconocimiento del Río Negro.<sup>13</sup>

## El interés por la región austral

Los territorios del extremo sur sudamericano atrajeron la atención de la Corona hispánica desde que la expedición de Magallanes circunnavegó el globo, a comienzos del siglo XVI. Junto con la importancia que en un principio se creyó adquiriría el paso interoceánico, la celeridad con se difundieron historias de indígenas de altura gigantesca, los Patagones, la creencia que allí se ubicaba la ciudad de los Césares, el apetito, siempre latente, de hallar grandes riquezas y los relatos de los viajeros que visitaron la zona ayudaron a mantener vivo el imaginario europeo sobre la Patagonia durante la primera modernidad. Se verificaron varios intentos de emplazar asentamientos allí, aunque todos fracasaron.<sup>14</sup> Largas distancias, dificultades de establecer una ruta segura con el puerto de Buenos Aires, extremas condiciones climáticas e inexistencia de recursos económicos pospusieron los intentos de ocupación efectiva de ese vasto espacio. Recién en las primeras décadas del siglo XVIII, la metrópoli comenzó a preocuparse por la protección y control de esta y otras regiones periféricas desatendidas.

Una cuestión preocupante surgió ante la urgencia de reordenar y controlar los espacios de frontera. Hubo una toma de conciencia de la desprotección de los territorios australes, al tiempo que crecía allí la presencia de naves de potencias competidoras de España. Se hacía necesario reforzar el control metropolitano sobre esas áreas; lo que significaba incrementar el poder político y la presencia efectiva de la Corona en las fronteras estratégicas, protegerlas de las incursiones indias y de los extranjeros y convertirlas en zonas productivas.<sup>15</sup>

El escenario que tenían delante las autoridades coloniales incluía a dos actores muy distintos. Por una parte, los enemigos de España, interesados en abrir una cuña en zonas desprotegidas, con miras a

establecer asentamientos, favorecer el contrabando, etc. Por otra, las parcialidades y pueblos indígenas que no estaban sometidos a la autoridad real y que, a lo largo de casi dos siglos y medio de presencia española, habían resistido los intentos de sometimiento. Esto no significaba que no existieran contactos, intercambios e influencias mutuas. Durante todo ese tiempo, los españoles habían profundizado sus conocimientos de los aborígenes y éstos habían seguido un camino semejante con los primeros.<sup>16</sup> Para los españoles, los motivos que impulsaron los contactos y acuerdos con algunas parcialidades indígenas encontraban su fundamento en la defensa territorial y en su reforzamiento. Se hacía necesario frenar cualquier intento de penetración extranjera europea y, a la vez, era urgente restringir las incursiones de aquellos pueblos hostiles sobre el espacio controlado por los españoles. Y la preocupación de cara a estos dos actores se reforzaba, además, frente a la defensa de intereses económicos que fueron creciendo y que, hacia mediados del dieciocho, habían adquirido gran importancia tanto para los criollos como para varios pueblos aborígenes. Me refiero a los circuitos comerciales que se habían articulado entre la zona bonaerense y los mercados trasandinos del centro de Chile que atravesaban la frontera sur del imperio que pasaba a la altura del Río IV (entre los paralelos 33 y 34).<sup>17</sup>

Dentro de ese contexto, los reformistas tomaron conciencia de que la ocupación efectiva de los espacios periféricos constituía una condición *sine qua non* de cualquier política de transformación de las zonas de frontera. La propia Corona, ayudada por un dispositivo militar y científico, debía implantarse con fuerza en esas áreas y avanzar en un control social y político del espacio. Para esas tareas, las expediciones científicas tenían reservado un rol fundamental como instrumento de intervención espacial y organización territorial.<sup>18</sup> Pero también, como sugiere Lázaro Ávila, mediante estos viajes se debía obtener mejores y más precisos conocimientos de los pueblos indígenas con miras a reforzar la política pactista que, heredera de la monarquía de los Habsburgo, continuaron los Borbones. Uno de los objetivos centrales de dicha política consistía en convertir a los aborígenes en soldados fronterizos de la Corona, tanto para luchar contra otros grupos indígenas rebeldes como para rechazar cualquier intento de invasión por parte de los enemigos europeos de España.<sup>19</sup>

A su vez, las expediciones albergaban preocupaciones más propiamente científicas sobre los indígenas que complementaban las necesidades políticas. La atracción que ejercía América para los ilustrados no se circunscribía a la esfera económica de explotación de sus recursos y al replanteo del control político de estos territorios, o sea a la “rapacidad colonial”.<sup>20</sup> Se buscaba conocer y explorar los espacios periféricos en sus múltiples manifestaciones: flora, fauna, geografía, habitantes nativos y sus formas de vida, costumbres, etc.; aspectos que atrajeron la atención de los viajeros, las autoridades metropolitanas y los eruditos. Los ilustrados intercambiaban argumentos sobre varias cuestiones, entre ellas el poblamiento de América, es decir, la presencia de los aborígenes antes de la llegada de los europeos y cómo compatibilizar esa realidad con el discurso bíblico-cristiano del mundo; o las posturas enfrentadas

sobre la inferioridad o no de los nativos americanos; el supuesto mito de los gigantes de la Patagonia, entre otros.<sup>21</sup> También el aporte científico de las expediciones adquiriría relevancia para ofrecer información confiable y de primera mano con la que los eruditos fundamentaron sus teorías sobre la especie humana.<sup>22</sup>

Las divergencias entre los eruditos eran importantes en las miradas y especulaciones que se construyeron de los «salvajes», en los fines y usos que pudieron luego tener esas imágenes. Lo cierto es que los debates sobre los pueblos aborígenes dividían a los estudiosos europeos e iban más allá de una visión puramente filosófica, incorporando nociones propias de la antropología en su vertiente científica.<sup>23</sup> Rescato, brevemente, lo afirmado por Montero de Espinoza sobre la postura de dos ilustrados que marcaron el terreno por el que discurrió la polémica, Diderot y Rousseau, pues encontraremos en las fuentes algunas alusiones indirectas a sus posturas. Diderot se interrogaba acerca de si la conducta humana podía juzgarse universalmente a partir de las normas de moralidad aceptadas por la sociedad europea. La duda inicial de este autor partía de un tema particular, las costumbres sexuales de muchos pueblos considerados primitivos –tópico presente en las fuentes aquí consideradas–, aunque su reflexión terminaba generando una comparación entre el estado salvaje y el civilizado. Diderot no resolvió del todo este dilema; fue Rousseau quien ofreció una respuesta más concisa proponiendo una contraposición maniquea entre la civilización, que representaba el mal, y el estado de naturaleza que se correspondía con el bien.<sup>24</sup> Dicha formulación, que no estaba pensada en función de ningún pueblo en particular, puso en primer plano la figura del «buen salvaje» o del «hombre natural». Para el ilustrado ginebrino el estado de naturaleza era la realidad originaria y el mito de buen salvaje resultaba el ejemplo palpable del hombre real originario,<sup>25</sup> ejemplo que podía corroborarse con la observación de las formas de vida de los pueblos indígenas y los testimonios directos de los viajeros que habían estado entre ellos. Desde este supuesto, Rousseau criticaba a la sociedad de su época y sus costumbres y defendía la vida simple y sin ataduras propia del estado de naturaleza.<sup>26</sup>

En síntesis, más allá de la excelencia lograda por el conjunto de las actividades científicas, la mirada ilustrada adquiriría un peso específico determinante como condición vertebradora de otros discursos sobre la realidad: en pocas palabras, tenía capacidad para colonizar el imaginario político.<sup>27</sup> Se trata entonces de una estrategia en la que el conocimiento científico acompañaba –y retroalimentaba– las necesidades políticas que se encontraban en los discursos que construyeron los viajeros ilustrados, muchos de ellos marinos, durante sus derroteros. En este caso particular, el referido a los aborígenes de la zona patagónica. Sus observaciones se hicieron eco de aspectos muy variados de sus vidas a través de dispositivos de descripción que se vinculaban con las herramientas provistas por las ciencias de la naturaleza y que les permitían elaborar y transmitir imágenes de estos pueblos.

## Los Patagones

Para comenzar, una breve nota sobre las fuentes que aporta para demostrar la confluencia de criterios y enfoques de los actores históricos. El testimonio de Viedma es de primera mano, la expedición de la Santa María de la Cabeza se conoce por la publicación que hizo un contemporáneo, José Vargas Ponce, reconocido marino e historiador.<sup>28</sup> Éste reunió en una obra, editada tres años después de concluida la misión, una síntesis de los diarios de los miembros de la oficialidad de la Santa María de la Cabeza,<sup>29</sup> al que agregó sus comentarios e interpretaciones sobre el viaje e incluyó, además, extractos de viajes anteriores a la zona del Magallanes, desde comienzos del siglo XVI. De acuerdo a Durán López, prevalece la participación directa de Vargas Ponce en la redacción de la introducción y en la sección dedicada a la historia del Estrecho –que incluye la cuestión indígena–, dando por resultado una monografía detalladísima y muy erudita.<sup>30</sup> Me interesa indicar que en las construcciones que se encuentran de los Patagones hay una postura semejante entre los testigos directos (Viedma) y los indirectos (Vargas Ponce). Esta confluencia es un indicio que demuestra que hay opiniones concurrentes por parte de distintos actores del reformismo, las que se cimientan en un sustrato ilustrado y se identifican con las necesidades políticas imperiales. En el caso recién mencionado, Vargas Ponce parte del relato directo de los viajeros, lo potencia y refuerza con el añadido de información producto de sus investigaciones y lo publica dentro de una obra dedicada a difundir las tareas realizadas por la expedición de la *Santa María de la Cabeza*.

El informe que Antonio de Viedma eleva a las autoridades recoge sus experiencias y observaciones de su estancia en la costa patagónica, a comienzos de la década de 1780. Viedma había sido comisionado, junto a otros funcionarios, para ejecutar un proyecto mediante el cual se buscaba erigir varios fuertes a lo largo del litoral atlántico austral, estableciendo en ellos población permanente. Su *Descripción* contiene una minuciosa reseña sobre los Patagones, sus formas de vida y costumbres. La información consignada se basa en el uso del recurso descriptivo, con el que va construyendo su objeto de mayor atención: los aborígenes llamados Patagones. La percepción que tiene Viedma de los «otros» se asienta, principalmente, en el par conceptual bárbaro-civilizado. Es a partir de ese pilar que, de manera implícita, su informe incluye argumentos que permiten leer el relato desde la óptica política, es decir, desde la dicotomía de amigos-enemigos. Entonces, la curiosidad científica se dirige con mayor énfasis sobre los aspectos culturales de los Patagones y se convierte en una fuente de pruebas que abonan una mirada alternativa del «otro», complementaria con la cultural. Pero ésta tiene implicancias políticas para las autoridades imperiales y sus necesidades coyunturales en lo que hace a la defensa de los espacios periféricos. Una perspectiva semejante se encuentra en la *Relación*, cuando también se refiere al mismo colectivo indígena.

Ambos documentos abundan en particularidades referidas a la constitución física, las costumbres y comportamientos de los Patagones, aunque el texto de Viedma contiene muchos más detalles. Aquí solo considero para su análisis los pasajes más representativos que permiten ejemplificar lo expuesto. La contundente declaración al inicio de la *Relación*, en el acápite dedicado al carácter de los aborígenes, no deja dudas del lineamiento en que se inscribe la imagen de los Patagones:

Es muy difícil definir su carácter en el poco trato que se tuvo con ellos, pero se puede asegurar que no es cruel ni bárbaro; siendo una injuria atroz la que le hacen Candish y Mr. Gennes en sus respectivos Diarios, atribuyéndolos el horror de comer carne humana, [...].<sup>31</sup>

Puede resultar paradójico que se afirme de manera rotunda una conclusión que, como se lee en el mismo texto, se obtuvo a partir de unos pocos contactos con estos indígenas. No obstante, la contradicción se difumina si se piensa que se está buscando transmitir la idea de que estos aborígenes son interlocutores válidos para las autoridades españolas. A medida que se avanza en el relato, Vargas Ponce enuncia otros rasgos favorables que refuerzan la definición inicial. Así sostiene que su “docilidad no es defecto de espíritu”<sup>32</sup> o que, cuando un grupo fue invitado a ir a bordo de la Fragata, dejaron sin problemas los caballos y las armas en la costa, lo cual “denota su buena fe recíproca”.<sup>33</sup> Luego añade un dato llamativo –junto al testimonio de un viajero inglés–, pues les atribuye una noción muy ligada a la cultura burguesa occidental y, a la vez, desliza una crítica al comportamiento que pudiese haber seguido un europeo:

Se notó fiarse unos á otros varias prendas ó depositarlas en la playa ínterin venían á bordo, seguros de encontrarlas á su regreso; pues entre ellos es tan respetado el derecho de propiedad, que no alcanzando á los muchos que acudieron unas cintas que les repartió el Comodoro Biron, los desatendidos ni se manifestaron disgustados, ni atentaron á turbar la gran alegría que con la posesión de las suyas manifestaban los mas dichosos.<sup>34</sup>

La mención de los rasgos anteriores contribuye a demostrar que los Patagones, desde una mirada europea, se alejan del «barbarismo» primitivo que se creía los caracterizaba. Existen otros elementos que refuerzan esta mirada. El conocimiento de prácticas y comportamientos en materia de moral sexual y el uso de vestimentas para proteger las partes pudorosas del cuerpo son temas comunes que interesaban a los viajeros ilustrados de la época. Viedma reúne unos cuantos detalles sobre esos asuntos. Tanto los hombres como las mujeres tienen mucho cuidado en cubrir las partes «vergonzosas» del cuerpo con los vestidos que confeccionan con pieles de animales:



El vestido que usan los hombres es un cuero de guanaco, zorrillo o liebre, [...] tienen mucho manejo en el que nada descubren del cuerpo, para cubrir mas la parte del pudor se ponen un cuero sin pelo mui sovado, y curtido el que se atan por la cintura con una correa; [...].<sup>35</sup>

Una actitud semejante adoptan las mujeres:

[...] para cubrir mas las partes del pudor se ponen por la zintura un mandil quadrado que les llega por vajo de la rodilla, el que hacen de vayeta, paño, u otra tela que puedan haber, y quando no, de cuero de guanaco sovado, se lo sugetan con un cinto que las que son de autoridad guarnecen con abalorios, [...].<sup>36</sup>

La utilización de vestidos, más allá de brindar un reparo al frío en esas zonas, adquiere otras dos funciones que para Viedma revisten importancia. Por un lado, cubre aquellas zonas del cuerpo que deben estar ocultas de cualquier mirada; por otro, las vestimentas, su confección y adornos indican el status de la persona dentro del grupo. También se detiene en describir las prácticas sexuales de estos aborígenes cuando escruta cómo se efectúan los casamientos y los comportamientos que están permitidos en materia de moral sexual. Explica que la práctica habitual para conseguir una esposa es la compra de la mujer a su padre y que está permitido casarse con más de una mujer, si se cuenta con los recursos suficientes para adquirirla. Si bien reconoce la existencia de la poligamia, no critica esa conducta ni la venta de esposas. Frente a la laxitud que encuentra entre los jóvenes solteros y en la tolerancia hacia el adulterio sí permite entrever algún desacuerdo, aunque lo hace indirectamente y sin incorporar a su relato ninguna nota de reproche moral de esas acciones.<sup>37</sup>

En los relatos de la *Descripción*, parece que Viedma impone la mirada ilustrada, interesada en recopilar la mayor cantidad de información posible sobre la vida y costumbres de los Patagones antes que en emitir juicios críticos sobre las mismas. Sin embargo, esa preferencia encierra también una opción por intentar mostrar una imagen de los aborígenes desprovista de cualquier subjetividad personal y construye paralelamente un relato, que entendido en clave política, presenta al «otro» con una serie de atributos que allanan el camino para avanzar en acuerdos o pactos. Dicho en otras palabras, Viedma presenta en su informe a un sujeto aborigen que, aunque inferior culturalmente, puede convertirse sin problemas en aliado de los españoles; la descripción fundada en la dicotomía bárbaro-civilizado se convierte, a su vez, en la base para pensar y representar al otro desde la dualidad política de amigo-enemigo.

La explicación anterior se transparenta también en otros ejemplos de la *Descripción* y en la *Relación* de Vargas Ponce. Por una parte, Viedma evidencia el status que, como interlocutores, se puede atribuir a los Patagones al narrar la estructura del cacicazgo, las razones que los llevan a declarar la guerra a otros grupos y las maneras que ellos regulan las relaciones con otras parcialidades que no pertenecen a su «nación». Acerca de las atribuciones de la autoridad, “el cacicazgo es hereditario, su jurisdicacion absoluta

en cuanto a mudarse de un parage a otro, en seguimiento de la caza que es su subsistencia, [...].”<sup>38</sup> En los asuntos más graves, entre los que se cuentan los conflictos bélicos, que involucran a toda la tribu las decisiones se adoptan de común acuerdo. Existe también un respeto de la jurisdicción sobre las tierras que ocupa cada tribu, y el cacique es el único que puede autorizar a miembros de otras parcialidades a transitar por sus dominios. La violación de esta pauta constituye un motivo para declarar una guerra.<sup>39</sup> La consecuencia bélica de este tema importa menos que la noción vinculada a una especie de soberanía territorial que muestra Viedma, fundamental a considerar en el momento en que las autoridades españolas pretendieran algún acercamiento que finalizara en un acuerdo de varias tribus de una misma nación.

En la *Relación*, Vargas Ponce enfatiza el tipo de vida que llevan los Patagones y las actitudes que los muestran como «personas de bien». El acento del relato está puesto en el rechazo a prácticas consideradas viciosas por los españoles y en su constante agradecimiento por el trato y los regalos hechos por los oficiales de la Fragata:

Son sobrios como lo dá a conocer su constante repugnancia al vino y aguardiente, cuyos perniciosos efectos les eran conocidos; [...] También conocen y practican la generosa virtud del agradecimiento, pues al dexarlos en tierra siempre querían se esperase el bote, dando á entender iban á traerle algunos regalos.<sup>40</sup>

La comparación siempre sigue la misma dinámica de emplear nociones opuestas, en este caso la sobriedad se opone al vicio y la generosidad al egoísmo o el desinterés. Asimismo, en la *Relación* se insiste en el buen trato que mantienen los Patagones con los establecimientos españoles de la zona costera patagónica. Las distintas notas van trazando una fisonomía particular de los Patagones; en el texto de Vargas Ponce se dirigen sobre todo a resaltar la persona en sí de los aborígenes y sus actitudes. Mientras que en la *Descripción* de Viedma el espectro de datos que abarcaba el testimonio de ese funcionario ilustrado era mucho más amplio; aquí la mirada –conjunta, no hay que olvidarlo, de los oficiales de la expedición de *Santa María de la Cabeza* que Vargas Ponce sintetiza añadiendo sus reflexiones– se orienta más en enfatizar la benevolencia que encontraban en los nativos, su afable recepción a los contactos con los españoles o la facilidad con la que repetían palabras castellanas. Con ese cúmulo de información, que mayormente tiene un tinte positivo, Vargas Ponce concluye su acápite con una reflexión en la que, si bien desliza la inferioridad cultural de este pueblo, no deja de ensalzar su estilo de vida y las ventajas que conlleva, criticando incluso a la propia sociedad europea:

Si la ignorancia de los conocimientos propios al género humano y de las comodidades y seguridad que ofrece una junta civilizada tan natural al hombre, no fuesen un obstáculo según nuestras ideas para ser feliz, pocos se hallan en mejor proporcion para llamarse dichosos y estar contentos con su suerte como los Patagones: disfrutaban de los esenciales bienes de la sociedad sin sujetarse al sin número de penalidades que

una demasiado refinada trae consigo: gozan de una salud robusta hija de su sobriedad, y de que no conocen aquellos envenenados orígenes de tantos males la gula y la lujuria; tienen una anchurosa libertad en satisfacer sus limitados apetitos, que no son mas porque por fortuna suya son cortas sus ideas, y como el terreno que habitan les da espontaneamente su alimento, no acosados por un trabajo perpetuo y necesario, pasan los días en una tranquila ociosidad y reposo, que es su pasión dominante y el seguro fruto de la combinación de todas sus circunstancias, y no de ineptitud o natural estupidez, como han pretendido muchos, de lo que no hay prueba; [...].<sup>41</sup>

Las anteriores palabras de Vargas Ponce proponen una equiparación de los Patagones a una imagen del buen salvaje, haciéndose eco de la sensibilidad propia del movimiento ilustrado que remite inmediatamente a la obra de Rousseau. Presenta a los aborígenes y su estilo de vida como si se tratase de un espejo en el cual debe mirarse la sociedad española y europea en su conjunto. De ese modo, introduce su desacuerdo con algunos comportamientos que reprueba de su propio mundo; remite, por tanto, a la crítica que hacía Rousseau sobre los males de su propia sociedad occidental. Sin embargo, junto a esa lectura busca transmitir una imagen benevolente de los Patagones, hay otra perspectiva implícita que se hace visible cuando avanza en el relato y aborda la descripción de los habitantes que se encuentran en el Estrecho de Magallanes. En ese momento incorpora de nuevo el concepto del buen salvaje y sostiene una conclusión inversa a la expuesta arriba con los Patagones, cuando las condiciones de vida, recursos y rasgos generales de ambos pueblos indígenas son semejantes, como veremos. Entonces sí cabe apelar a una lectura política que, interrelacionada con la ilustrada, se dirige a construir miradas diferenciadas de pueblos cuyas formas de vida son muy parecidas, pero que no tienen la misma importancia política dentro del esquema que responde a las urgencias de defensa y control de los espacios periféricos del imperio.

## Los habitantes del Estrecho y la Tierra del Fuego

En la *Relación*, la descripción de los habitantes de la zona más austral del continente americano se estructura, preferentemente, en función del par dicotómico civilizado-bárbaro. Estos aborígenes vivían en la zona montuosa a ambas márgenes del Estrecho de Magallanes, aunque se los encontraba con mayor frecuencia en la isla de Tierra del Fuego y otros espacios insulares más pequeños. A diferencia de lo reflexionado más arriba, en relación a los Patagones, el abordaje desde una perspectiva política queda en un plano secundario. Las extremas condiciones climáticas de la región, sumado a la escasez constante de alimentos y recursos que podían hallarse en esas latitudes, no convertía al paso interoceánico en un lugar propicio para el establecimiento siquiera de una guarnición militar. La importancia estratégica de canal de comunicación entre ambos océanos, su control y protección frente a las potencias competidoras de España, en todo caso, debía asegurarse mediante un asentamiento de carácter permanente sobre la costa

patagónica continental, en las proximidades de la bahía de San Julián. En ese sentido, se mantenía el cumplimiento estricto de las instrucciones que unos años antes el Secretario de Indias, don José Gálvez, había cursado al virrey de Buenos Aires, en 1778:

Son dos parajes principales a los que debemos dirigir la atención para ocuparlos desde luego con algunos establecimientos que sucesivamente se vaya perfeccionado y que sirvan de escala para otros. El primero es la Bahía sin Fondo o Punta de San Matías, en que desagua el Río Negro, [...]. Y el segundo, la Bahía de San Julián u otro paraje de los situados más al sur y con mayor inmediación al Estrecho de Magallanes [...].<sup>42</sup>

Además, el fracaso de las experiencias colonizadoras anteriores –la catástrofe de Sarmiento de Gamboa seguía presente después de dos siglos<sup>43</sup>–, había demostrado la inviabilidad de cualquier población permanente en esas latitudes.<sup>44</sup> Incluso, la explotación de recursos relacionados con la pesca de ballenas y lobos marinos no arrojaba resultados alentadores, prefiriéndose otros lugares para estas actividades, como las Malvinas y la zona costera continental, desde la desembocadura del Río Negro hacia el sur.

La primera sección de la *Relación*, que relata el curso general de la expedición, menciona un par de encuentros con los nativos del Estrecho, aunque la información consignada es escueta. Dichos apuntes los retoma luego Vargas Ponce en la segunda parte de la *Relación*, en el capítulo dedicado a reflexionar sobre los habitantes de esta región. En ese apartado incorpora los testimonios de la oficialidad que, importa señalar, se obtuvieron a partir de la observación directa y el contacto con los nativos, aunque no lograron comunicarse; éstos no conocían el castellano y los propios viajeros no lograron aprender su idioma. A los apuntes testimoniales, Vargas Ponce agrega sus propias reflexiones, con las que pretende ofrecer un panorama más completo de la vida de los aborígenes. Su descripción se organiza alrededor de tres aspectos: las características físicas de los nativos, apuntes generales sobre sus formas de vida y actividades y una reflexión final en la que compara a estos aborígenes con la cultura europea. Como ya se ha apuntado, su discurso gira sobre la base de la división bárbaros (ellos)-racionales (nosotros).

La perspectiva evolutiva está presente desde el comienzo del relato. La primera constatación es la carencia de un nombre particular de los nativos, a los que simplemente llama «indios»:

La otra especie de habitantes del Estrecho es un reducido número de hombres, con quien solo son comparables, según el sentir de todos los Viajeros, los míseros moradores de la Costa occidental de la Nueva Holanda [Australia].<sup>45</sup>

Esta falta de preocupación por asignarles un nombre propio, se acompaña de una idea que Vargas Ponce mantiene a lo largo de su reflexión y que oscila entre el desdén y la lástima por sus condiciones de vida, a las que, luego, contrapone algunas actitudes que observa en ellos, cercanas a lo que

los filósofos de las luces llamaban el «estado de naturaleza». Sin embargo, el acento del discurso recae en su paupérrima existencia y en las dificultades para anoticiarse con detalle de sus costumbres, más allá de lo que podían observar:

*Siendo su método de vida tan brutal y sus sociedades tan cortas, no se pudo venir en conocimiento de mas de lo que se presentaba á la vista de su figura, sustento, armas, navegación y artes, si con tal nombre se pueden llamar las manufacturas de los pocos y toscos muebles que usan.*

*Antes de llegar al Puerto de la Hambre traxo el Bote 5 de estos Indios que había encontrado en la playa, cuya desnudez, estupidez é insoportable hedor hacían mirarlos con tanto horror como compasión, pues viven en la mayor miseria.<sup>46</sup>*

Después de la apreciación inicial, en el relato se abordan los rasgos físicos de los aborígenes. Se especifican numerosos detalles, desde la altura, proporción de los brazos y las piernas, color de piel, facciones, tipo y color del pelo, diferenciándose entre hombres y mujeres. Dos referencias, a modo de ejemplo, se pueden tomar para ilustrar la percepción que se tiene de los nativos, en función del cotejo entre «ellos» y «nosotros». Por una parte, cuando se alude a la apariencia física de las mujeres, se afirma que “[tienen] un sumo recato cubriendo las partes naturales y pechos que son de ordinario grandes y muy caídos: [...]”<sup>47</sup> Este tipo de nota –que aparece en otros relatos de viajeros–, parte de la comparación con las costumbres propias de las sociedades occidentales y, en este caso, se erige en un signo que permitiría separar a estos indígenas de la completa barbarie. Llevar ropa y ocultar aquellas partes del cuerpo relacionadas con el pudor constituye un elemento común con la sociedad occidental que se toma como patrón comparativo dentro de la perspectiva evolutiva, que también se mencionó con los Patagones. La segunda comparación se hace sobre el vientre abultado e hinchado de los niños –rasgo que hoy se asocia a la desnutrición–. La razón de esa peculiaridad “acaso se podrá atribuir á la ninguna sujeción de faxas; pues á los recién nacidos solo los envuelven ligeramente en unas pieles chicas de lobos marinos, [...]”<sup>48</sup> Nuevamente se impone la perspectiva comparada aunque, importa aclarar, no se emite un juicio explícito de si esta práctica perjudica a los infantes.

El segundo aspecto tratado en el relato son las características de vida de los habitantes del Estrecho: sus alimentos y formas de prepararlos; prácticas de caza, armas que usan y cómo las fabrican; donde viven y cómo erigen las chozas en las que se refugian; canoas que utilizan para moverse entre las islas. Este último asunto atrae la atención de los miembros de la expedición, pues se tiene una detallada descripción que comienza en los árboles que emplean hasta las partes que se pueden identificar (quilla, roda, codaste, etc.) y relata también los modos de conducirlos en medio de las fuertes corrientes marinas que están presentes en el Estrecho. Es uno de los pocos asuntos en lo que se infiere una atención particular, ya que la experiencia de los aborígenes puede resultar válida para los marinos españoles.

También en este cuadro general de los nativos se incluyen datos sobre la conformación de los núcleos familiares, las actividades diferenciadas que llevan a cabo mujeres y hombres, y los contactos, esporádicos según el relato, con quienes habitan la región continental. Existe curiosidad sobre ciertas prácticas sociales, como las relaciones entre padres e hijos, los matrimonios y si practican la poligamia. En estos tres aspectos se percibe la dicotomía que está en la base de la manera en que los españoles miran a estos aborígenes; las respuestas a los mencionados interrogantes repercuten en si la imagen de ese otro se aleja más, o no, del estado prístino de la barbarie. Así, en cuanto a la atención que reciben los niños, son las mujeres quienes “[...] crían los hijos, poniendo en esto un precioso cuidado para preservarlos de los funestos accidentes, compañeros de la infancia que entre estos Naturales es menor que en las Naciones civilizadas.”<sup>49</sup> La opinión resulta ambivalente porque si bien existe preocupación para que no sufran accidentes, el afecto que parecieran otorgarles está por debajo de lo que sucede en Europa. Parecer semejante expresa respecto de la atención de los hombre hacia las mujeres: “Aunque estos Naturales parece no hacen gran aprecio de sus mugeres y las miran con ojos indiferentes pareciendo que no turbaba su corazon la terrible pasión de los zelos, no gustaban mucho que les acercase la gente de la Fragata.”<sup>50</sup> Por su parte, nada se puede añadir respecto a la práctica de la poligamia o si existe entre ellos la noción de que el parentesco es un impedimento para formar pareja.

Hay otros comportamientos de los nativos que no dejan de generar sorpresa en los españoles. Son esas curiosidades las que luego motivan las comparaciones con las prácticas culturales europeas y las anotaciones que el compilador Vargas Ponce introduce al final de la exposición sobre este pueblo, relacionada con la felicidad que albergan estos habitantes tan próximos al primigenio estado natural. Rescato dos imágenes que se vinculan con aspectos que eran centrales para el mundo europeo como la diferencia entre el bien y el mal y la curiosidad como motor de conocimiento del mundo. Bajo el subtítulo “carácter”, es decir, comportamiento ante diferentes situaciones indica que:

Su carácter parece pacífico y no mal inclinado: nunca intentaron robar, siendo así que la posesión de nuestros muebles é instrumentos debía originar en ellos una vehemente tentación de adquirirlos por qualquier medio: puede que el no ejecutarlo consistiese mas en la inferioridad que reconocían de su parte que en el principio moral de conocer quan injusto es apropiarse lo ageno.<sup>51</sup>

En la cita anterior, la mirada del autor no deja de manifestar estupor ante el desinterés demostrado hacia la posesión de bienes materiales. La reacción esperable de cualquier individuo con carencias hubiese sido el intentar apoderarse de esos bienes. La única explicación que articula frente al desinterés por lo material es la imposibilidad de concretar la apropiación con éxito; opinión que completa con la deducción de que estos nativos «semi bárbaros» adolecían de cualquier patrón moral que diferencia lo bueno de lo malo. A ese parecer lo acompaña después con otro que se ubica en la misma tónica:

La curiosidad que es uno de los caracteres universales del hombre, no tiene cabida entre los hombres del Magallanes. Ninguna admiración les causaba lo que se les presentaba, ni aun procuraban examinarlo. Para admirar las obras del arte es preciso tener ideas elementares de ellas; y estos Indios miraban lo mas primoroso y trabajado como las Leyes de la Naturaleza y sus Fenómenos, no haciendo diferencia del compuesto árbol de un Navio á los que producía su territorio.<sup>52</sup>

Los ejemplos anteriores, que están acompañados de otros parecidos e incluso de testimonios de viajeros como el francés Boungaville, le permiten a Vargas Ponce proponer unos apuntes finales en los que articula la imagen que ofrece de los indígenas. Esa “pintura” no está exenta de tensión. Por un lado, manifiesta el rechazo hacia sus formas de vida, consecuencia de los escasos recursos que disponían, las grandes adversidades que debían enfrentar en una región con un clima extremo y la casi inexistencia de contactos con otras culturas:

Si en el Universo existen hombres que se hallen en el estado primitivo de la Naturaleza son sin duda estos Indios de que acabamos de hablar, los mas miserables y estóldos de las criaturas humanas, nacidos para gastar sus días errantes en unos desiertos horribles, sin otra habitación que una desdichada choza, en la que el viento, la lluvia y la nieve penetran por todas partes, quasi en cueros vivos, destituidos de las comodidades que suministran las artes mas groseras, faltos de todos los medios y métodos para preparar su alimento.<sup>53</sup>

Sin embargo, por otro lado, persiste en la reflexión de Vargas Ponce –y creo que también en los propios viajeros que apuntaron en los diarios sus experiencias con los nativos– una reivindicación de las ventajas que sociedades mucho más sencillas que la europea podían ofrecer. Aun así, defiende en su análisis que el afán por los excesivos bienes materiales generaron hábitos en los europeos de los que ahora no pueden desprenderse; son dañinos, pero también ayudan a una vida sin tantas penurias:

Con todo estos desventurados Indios á quienes falta este conocimiento viven contentos sin extender la esfera de sus deseos mas allá de los que pueden satisfacer: no sienten con viveza la falta de tantas cosas, que siendo verdaderamente en sí de pura convención el hábito ha hecho ya entre nosotros de primera necesidad; y nos aventajan sin duda en que teniendo tan pocos apetitos es muy verosímil que los satisfagan todos. Es incalculable lo que ganan en estar exentos de la inquietud de los continuos é inútiles esfuerzos para satisfacer la multitud de deseos de nuestros corazones.<sup>54</sup>

Esta reflexión se ubica en la misma línea en la que el propio Vargas Ponce escribió para los Patagones. Nuevamente se manifiesta la admiración que generaba entre los ilustrados europeos estar en contacto con un pueblo cuya existencia permitía asomarse al prístino estado de naturaleza y recuperar,

aunque parcialmente, al hombre natural antes de que se transformase por la vida social.<sup>55</sup> La curiosidad que animaba a conocer a esos «otros» también abría la puerta para reflexionar sobre actitudes y comportamientos de esos aborígenes y contrastarlos con la propia sociedad europea.

La opinión de Weber, respecto de la mirada hacia los aborígenes de Malaspina y los científicos que lo acompañaron en la expedición alrededor del mundo, contribuye a explicar más claramente la dirección en la que se inscribían las reflexiones de Vargas Ponce. Weber asevera que los aborígenes atraían la atención de la expedición Malaspina porque eran vistos como especímenes y como símbolos. En tanto especímenes vivientes, permitían a los europeos ahondar en el conocimiento de los orígenes de la sociedad humana, el impacto de la cultura y el entorno natural en las configuraciones sociales. Mientras que percibidos como símbolos, ponían delante de los críticos sociales europeos un modelo cuasi ideal para proponer comparaciones incisivas con sus propias sociedades.<sup>56</sup>

## **Grupos aborígenes de la Patagonia norte**

El diario que escribió Villarino en 1782, durante el derrotero de reconocimiento de la cuenca del Río Negro, incorpora abundante información y experiencias de sus encuentros con varias parcialidades indígenas que habitaban en toda la zona recorrida. La perspectiva que prevalece en sus opiniones se ubica en el ámbito de la política, a partir del par conceptual amigo-enemigo. En lo que hace al lenguaje, utiliza también la diferenciación basada en la cuestión religiosa, cristianos-gentiles o infieles, pero se trata más de una costumbre de emplear esos términos con los que identificar al «otro». En este sentido, prevalece el hábito en las palabras, con las que identificaba a los indígenas antes que la preocupación por criticar sus creencias religiosas o tener como centro de su discurso la preocupación por convertirlos al cristianismo. Se encuentran también en su diario referencias a las formas de vida, datos sobre las características de las *tolderías* y las actividades económicas que realizaban con algunas indicaciones más detalladas sobre la apropiación de ganado de área pampeana.

Sin embargo, la mirada que construye Villarino se asienta fundamentalmente en la arista política. A diferencia de los testimonios que se consideraron antes, que hacían hincapié en el ámbito cultural –con la dicotomía civilizado-salvaje– y desde ahí ofrecían argumentos a los asuntos políticos, el testimonio de este expedicionario es explícitamente político, mientras que los asuntos culturales pasan a un segundo plano. Pueden aventurarse algunas razones que ayuden a entender, en comparación con los documentos anteriores, la prevalencia en el discurso de la matriz amigo-enemigo para hablar de los indígenas. Se destacan aquí tres cuestiones interrelacionadas, no son las únicas pero sí tienen un importante peso específico, que trataré brevemente.



La primera, resulta de la cercanía de esos territorios con los espacios coloniales. La cuenca del Río Negro, que Villarino estaba explorando, pertenecía a una zona no sometida directamente al poder colonial; colindaba con la frontera sur del Virreinato del Río de la Plata, un espacio de frontera que los españoles intentaban controlar, además de ser una zona de continuados intercambios y circulación de personas y mercancías en ambos sentidos. La segunda característica que debe destacarse está relacionada con los intercambios económicos y la competencia por los recursos que allí podían hallarse. Por los pasos y caminos que atravesaban estas zonas de frontera de este a oeste, atravesando la cordillera y comunicando el área atlántica con el Pacífico circulaba ganado en pie –vacuno y equino–, sal y otros artículos demandados por las poblaciones criollas, como los ponchos tejidos por los aborígenes y efectos requeridos por éstos –e incluso usados como moneda de intercambio– como yerba mate, bebidas alcohólicas y algunos “efectos de Castilla”, entre otros. Incluso, sostiene Mandrini, hubo pequeños grupos indígenas que se aventuraban a cruzar la frontera para vender en las poblaciones de los blancos algunos de los excedentes de su economía, especialmente pieles y cueros, artículos de talabartería, tejidos, plumas de avestruz; idéntica actitud adoptaron algunos comerciantes criollos que se acercaban hasta las tolderías para realizar sus negocios.<sup>57</sup> Como consecuencia de lo dicho, sobresale la tercera característica que permite identificar a toda la región como un área estratégica que se hacía necesario defender y controlar de modo directo. No sólo por la centralidad que revestía para la comunicación económica entre ambos lados de la Cordillera, sino también porque ese canal podía ser aprovechado por las potencias enemigas de España, en su afán de hallar un conducto por el cual llegar fácilmente al Pacífico y de allí apoderarse de las riquezas mineras del Alto Perú.

Las percepciones que transmite Villarino de sus encuentros con distintas tribus indígenas permiten identificar una continua desconfianza del capitán de la Real Armada hacia los aborígenes. Aunque, por otro lado, reconoce que, en buena medida, el éxito no sólo de su actual expedición sino de las políticas que lleva adelante la Corona –de creación de fuertes y establecimientos en la zona patagónica, de exploración de esta inmensa región, de circulación de bienes materiales, etc.– no podría conseguirse si no se mantuvieran relaciones cordiales con los aborígenes. Algunos pasajes de su diario ejemplifican esta situación. Pocos días después de iniciada la navegación por el Río Negro, se acercó el cacique Francisco junto con su tribu y acompañaron unos días a la expedición por la ribera del río. Varias veces el capitán los alimentó y les dio de beber, sin embargo, en un momento determinado, el cacique le solicitó que le regalase una vaca para repartir entre los suyos. Al recibir una respuesta negativa, el cacique se marchó ofuscado; Villarino asentó en el diario esa reacción junto con su parecer:

Es imposible hacer cosa buena con los indios, y lo más seguro es el rigor, pues con un escarmiento en una toldería como la de Francisco, no se atreverían los otros á estas y otras burlas que nos hacen; y mas cuando esta gente es tan acreedora á que se les castigue.<sup>58</sup>

Más adelante, Villarino se contactó con varios indios que andaban en las márgenes del río e intentó anoticiarse a qué tribu pertenecían. Averiguó que estaban reuniéndose algunas tribus amigas entre sí y que existía el temor de algún enfrentamiento, por lo que durante varios días observó en su recorrido que los indios prendían fuego para comunicar su presencia, quemando de esa manera los pastos de los alrededores. El problema era que la expedición empleaba estos pastos para alimentar al ganado que llevaba consigo. Frente a esa situación Villarino se expresa de modo semejante a cómo lo había hecho antes con el cacique Francisco:

Estos movimientos de los indios, y el conocer su doblez é intención depravada hácia nosotros, me tienen con cuidado. A mediodía monté a caballo á reconocer el campo, y en más de 2 leguas no se halla pasto alguno para nuestro ganado, por haberlo quemado los indios.<sup>59</sup>

En otra ocasión, se reunió con cinco caciques a quienes agasajó con regalos y conversó sobre las condiciones de los terrenos de la zona. La charla fue amable y en ella participó un joven indio que hablaba con fluidez el castellano; era hijo de un cacique y había estado en Valdivia instruyéndose gracias a un “perulero” amigo del padre que lo había conducido allí.<sup>60</sup> Aún así, luego escribe:

Los regalé, y obsequié todo lo posible, estando con ellos el cacique Roman, uno de los que tienen ranchos de paja [...]. *Es imposible decir la paciencia que fue precisa tener con ellos: pero no pude recabar que me diesen al muchacho lenguaraz; [...].*<sup>61</sup>

Durante unos cuantos días, el capitán continuó entrevistándose con esos caciques hasta que éstos decidieron retirarse a sus dominios. Cuando se habían alejado del río, Villarino se queja porque uno de sus marineros se había ido a caballo y no había regresado, por lo que decide enviar a otro en su búsqueda. Al ver que ninguno de los dos regresaba, manifiesta su desconfianza hacia el cacique Román, el último de los indios con quien se había entrevistado a bordo de la chalupa:

A la hora de comer no vinieron estos marineros, pero me hice cargo andarían buscando el caballo que faltaba, aunque ya con bastante desconfianza de si me los habían llevado los indios; *pues en ellos es la mayor proeza, la mayor maldad, y sin embargo de haberlos regalado y acariciado todo lo posible, conociendo su infame trato, me llenó de desconfianza la breve falta de estos marineros [...].* Cuando se embarcó conmigo el cacique Roman, pretestando estar enfermo, bien *comprendí que no lo hacia por otra cosa que por observar nuestros movimientos, y yo me alegré; porque como el asunto, á mi parecer mas importante, es el no quebrar con ellos* y aunque den ello motivo por el cual me viese precisado a ello, no sería mas favorable.<sup>62</sup>

En los diferentes pasajes que he rescatado se percibe esa continua tensión que atraviesa las opiniones que Villarino va anotando en su diario. No está verdaderamente convencido de que los grupos de indígenas con los que ha venido tratando durante el derrotero sean amigos de los españoles, que se comporten como tales no significa que sus intenciones se encaminen en la misma dirección. A pesar de esa desconfianza –que se hace presente en todo su extenso diario–, no deja de mantener las formas de cortesía, protocolares, que se empleaban con los grupos no sometidos, de entregarles regalos y agasajarlos convidándolos a la mesa del capitán, por ejemplo. Pero la puesta en práctica de estrategias para mantener una relación pacífica tiene por fin, justamente, ese objetivo: continuar con ese trato cordial, del que ambos grupos salen beneficiados. La necesidad política se impone por sobre el parecer personal de Villarino, quien aún así no deja de registrar su rechazo hacia las actitudes que observa en los indígenas; él sabe que necesita de los indígenas, y éstos también lo saben y, por eso se aprovechan de la situación. Tal vez sea ese uno de los puntos más sensibles para este funcionario borbónico. En una ocasión hace explícito su desdén, apelando a la dicotomía civilizado-bárbaro. Frente a la visita de emisarios de otra tribu, cuyo cacique se llamaba Chulilaquin, quien luego solicitó protección a Villarino por un conflicto con otra parcialidad, anotó en el Diario:

*A estos igualmente obsequié, gastando toda aquella paciencia que se necesita para tratar con ellos, y aquellas rústicas y groseras políticas que son precisas para hacerse amable entre esta gente salvaje, y pudiera llamarlas finas por lo rústicas y separadas que están de las que se usan entre naciones cultas.<sup>63</sup>*

Para finalizar, se advierte entonces cómo Villarino está más preocupado por la relación política que se mantiene con los grupos indígenas que encuentra en la zona de la cuenca del Río Negro. No significa que no preste atención a otros aspectos de la vida de estos grupos que permitan un mejor conocimiento de los mismos, pero se impone la opción de continuar por la senda de las relaciones pacíficas y amistosas. Por tanto, la representación que va dibujando en su diario de viaje se orienta a reunir elementos que contribuyan a abonar las imágenes de amigo-enemigo antes que una preocupación centrada en la mayor o menor cercanía al modelo de civilización europeo.

## **Reflexiones finales**

En este trabajo he rescatado algunas imágenes y perspectivas que los viajeros ilustrados al servicio de la Corona española fueron construyendo y transmitieron, en sus diarios e informes, sobre grupos aborígenes que habitaban en la zona austral de Sudamérica, mejor conocida como Patagonia. De entre la pluralidad de tribus o «naciones» –término empleado por los españoles en el setecientos– que se

encontraban en esa extensa región, el estudio se detuvo en los Patagones, en los indios de Tierra del Fuego y las islas adyacentes al Estrecho de Magallanes y en varias parcialidades –cuyo nombre casi nunca consta en el documento, aunque se las puede identificar por el nombre de su cacique– que se distribuían en las inmediaciones de la cuenca del Río Negro. El análisis del material heurístico se propuso rescatar las percepciones acerca de los indígenas mencionados utilizando pares de conceptos antagónicos, en particular bárbaro-civilizado y amigo-enemigo. De acuerdo a la propuesta de Zavala Cepeda, los españoles empleaban este tipo de miradas dualistas para representar a ese «otro» que tenían delante, desde diferentes ámbitos. En cuanto al primer binomio, la lectura se hacía desde la óptica cultural, mientras que el segundo privilegiaba el enfoque político.

Asimismo, se ha indicado que las maneras en que los viajeros y funcionarios borbónicos hicieron uso de esos conceptos y los modos en que los interrelacionaron se vinculaba con las urgencias políticas y los proyectos reformistas que venía implantando la Corona sobre sus extensos dominios. Y por otro lado, con las apetencias científicas, muy vinculadas al desarrollo de las ciencias de la naturaleza, y el incremento del acervo de datos a través de los cuales los eruditos proponían teorías para explicar la vida del hombre sobre la tierra, las diferencias raciales, el poblamiento de América, etc. Sin dejar de reconocer la importancia que conllevaba el empleo de los pares conceptuales ya mencionados, se ha buscado hacer hincapié en las interrelaciones que podían identificarse en las fuentes de esos pares.

De este modo se ha indicado cómo se transmitieron imágenes muy distintas de dos pueblos cuyas características de vida se asemejaban en muchos aspectos y que habitaban en terrenos con pocos recursos y con un clima extremo, los Patagones y los nativos de la Tierra del Fuego. En los dos casos, los argumentos ofrecidos por los viajeros descansaban en la dupla salvaje-civilizado. Pero la importancia política que revestían los Patagones para las autoridades borbónicas difería del casi nulo atractivo que, como aliados, podían ofrecer los nativos que estaban en el Estrecho de Magallanes. Un elemento a destacar aquí se encuentra en cómo una lectura que enfatizaba los rasgos culturales de estos aborígenes podía emplearse para otra lectura, implícita, en clave política que permitía edificar otra imagen de los indígenas, pero ahora de amigos o enemigos. Una situación parecida, pero con los términos invertidos se halla en el testimonio referido a los habitantes de la cuenca del Río Negro. En esta zona, la necesidad de sostener relaciones amistosas con las parcialidades no sometidas formaba parte de las políticas que la Corona venía ejecutando desde hacía mucho tiempo. Por eso, la perspectiva que Villarino asienta en su diario discurre a través del binomio amigo-enemigo y, ocasionalmente, apela a la misma para ofrecer alguna que otra nota que abarque el aspecto cultural.

En síntesis, las fuentes presentadas constituyen una selección a través de la que he querido ejemplificar cómo los relatos de los viajeros ilustrados han contribuido a difundir percepciones disímiles

sobre los nativos. Y cómo éstas se fundamentaban en las preocupaciones científicas por conocer al «otro», al que es «diferente» y a los requerimientos más urgentes del poder político imperial.

## Fuentes

- Archivo Museo Naval de Madrid, Ms.0327, doc. 21: Viedma, Antonio de, “Descripción de la Costa Meridional del Sur llamada vulgarmente Patagónica, de sus terrenos, brutos, abes; pescados; Indios que la havitan, religión y costumbres de estos, desde los 44 grados latitud sur que está Puerto de Santa Elena hasta los 52 que esta el Cavo delas Vírgenes y voca del Estrecho de Magallanes, en donde se hará relacion por lo que vio y andubo Don Antonio de Viedma yinterin estuvo comisionado en el Establecimiento de la Bahía de San Julian en la misma costa, y por las noticias que le dieron los Indios”,
- Vargas Ponce, José, *Relación del último viaje al Estrecho de Magallanes de la Fragata de S.M. Santa María de la Cabeza en los años de 1785 y 1786. Extracto de todos los anteriores desde su descubrimiento impresos y mms. y noticias de los habitantes, suelo, clima y producciones del Estrecho*, Madrid, Viuda de Ibarra, Hijos y Cia., 1788.
- Villarino, Basilio, “Diario del Piloto de la Real Armada, D. Basilio Villarino del reconocimiento que hizo del Río Negro, en la costa oriental de Patagonia, el año de 1782” en De Angelis, Pedro, *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1837, tomo VI.

## Bibliografía

- Bandieri, Susana, *Historia de la Patagonia*, Sudamericana, Buenos Aires, 2005.
- Duchet, Michèle, *Antropología e ilustración en el siglo de las luces*, Siglo XXI, Bs. As., 1975 [1971].
- Durán López, Fernando, *José Vargas Ponce (1760-1821): ensayo de una bibliografía y crítica de sus obras*, Cádiz, Servicio de Publicaciones Univ. Cádiz, 1994.
- Gentinetta, Martín, “Miradas ilustradas: cambios en las imágenes de los “indios Patagones” de la América Austral a fines del siglo XVIII” en *Actas del XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles. 200 Años de Iberoamérica (1810-2010)*, Santiago de Compostela, septiembre de 2010, pp. 798-819.
- Gentinetta, Martín, “Pervivencias escolásticas en la España del siglo XVIII: un ejemplo a través de la defensa del ‘gigantismo’ de los aborígenes de la América Meridional” en *Actas VII Jornadas de Historia Moderna y Contemporánea. Diálogos entre pasado y presente frente al Bicentenario*, Mendoza, octubre 2010, versión CD-ROM.
- González Montero de Espinosa, Marisa, “Ilustración y antropología: la catalogación del indígena americano” en *Anales del Museo de América*, n°4, 1996, pp. 55-72.
- González Montero de Espinosa, Marisa, *La ilustración y el hombre americano. Descripciónes etnológicas de la expedición Malaspina*, CSIS, Madrid, 1992.
- Lafuente, Antonio et. al., “Dinámica imperial de la ciencia: los contextos metropolitano y colonial en la cultura española del siglo XVIII” en Guimerá, Agustín, *El reformismo borbónico. Una visión interdisciplinar*, Alianza, Madrid, 1996, pp. 175-202.
- Lázaro Ávila, Carlos, “El reformismo borbónico y los indígenas fronterizos americanos” en Guimerá, Agustín, *El reformismo borbónico. Una visión interdisciplinar*, Alianza, Madrid, 1996, pp. 277-292.

- Lucena Guiraldo, Manuel, “El reformismo de frontera” en Guimerá, Agustín, *El reformismo borbónico. Una visión interdisciplinaria*, Alianza, Madrid, 1996, pp. 265-275.
- Lynch John., *Historia de España. 5. Edad Moderna – Crisis y recuperación, 1598-1808*, Crítica, Barcelona, 2005.
- Mandrini Raúl y Ortelli Sara, “Las fronteras del sur” en Mandrini Raúl (ed.), *Vivir entre dos mundos. Las fronteras del sur de la Argentina. Siglos XVIII y XIX*, Taurus, Bs. As., 2006.
- Negro, Dalmacio, *El mito del hombre nuevo*, Encuentro, Madrid, 2009.
- Pelliza, Mariano, *La cuestión del Estrecho de Magallanes*, Eudeba, Buenos Aires, 1969.
- Pratt, Mary Louise, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1997 [1992].
- Ruiz Torres, Pedro, *Historia de España. Reformismo e Ilustración. Volumen V*, Crítica – Marcial Pons, Barcelona, 2008.
- Weber, David, *Bárbaros. Los españoles y sus salvajes en la era de la Ilustración*, Crítica, Barcelona, 2007 [2005].
- Zavala Cepeda, José M., “La visión hispana de los ‘indios enemigos’ del Reino de Chile durante el siglo XVIII, el caso de la rebelión de 1723” en González Cruz David (ed.), *Extranjeros y enemigos en Iberoamérica: la visión del otro*, Sílex, Madrid, 2010, pp. 287-303.

## Notas

<sup>1</sup> Lic. en Historia (UNC) y doctorando en Historia (UNC). Prof. asistente por concurso en Cátedra de Historia Moderna (UNC)/Becario postgrado CONICET. Email: [mgentinetta@ffyh.unc.edu.ar](mailto:mgentinetta@ffyh.unc.edu.ar).

<sup>2</sup> Prefiero emplear el término «movimiento ilustrado» antes que «Ilustración», para enfatizar que se trató de un movimiento heterogéneo, que no logró construir durante toda la centuria una propuesta programática única dotada de objetivos precisos y cuyos representantes, aun coincidiendo en ciertas premisas, tuvieron importantes diferencias entre sí. De allí que resulte más pertinente utilizar términos como “ideas ilustradas”, “ilustrados borbónicos” o incluso “corrientes ilustradas”. Cf. Ruiz Torres, Pedro, *Historia de España. Reformismo e Ilustración. Volumen V*, Crítica–Marcial Pons, Barcelona, 2008, cap. 6, en particular pp. 425 ss.

<sup>3</sup> Weber, David, *Bárbaros. Los españoles y sus salvajes en la era de la Ilustración*, Crítica, Barcelona, 2007, pp. 33-34.

<sup>4</sup> Zavala Cepeda, José M., “La visión hispana de los ‘indios enemigos’ del Reino de Chile durante el siglo XVIII, el caso de la rebelión de 1723” en González Cruz, David (ed.), *Extranjeros y enemigos en Iberoamérica: la visión del otro*, Sílex, Madrid, 2010, pp. 287-303.

<sup>5</sup> Aunque el uso de los términos cristiano e infieles es frecuente en las fuentes, no realizo aquí un análisis que incluya la dimensión religiosa. Si bien el intento de evangelizar a los aborígenes es una constante del periodo colonial, no es una misión que corresponda a los marinos y viajeros que aquí consideramos. Antes se preocupan por dar cuenta de las devociones religiosas y las creencias de los indígenas, esforzándose, en varios casos, por no juzgar directamente las prácticas que observan en los pueblos nativos.

<sup>6</sup> Zavala Cepeda, José M., “La visión hispana”, p. 288.

<sup>7</sup> Zavala Cepeda, José M., “La visión hispana”, p. 289.

<sup>8</sup> Respecto a esta diferencia, sostiene Zavala Cepeda, se plantearon varas problemáticas frente al mestizaje “entre individuos que pertenecían, en principio, a clases no mezclables como eran la ‘española’, la ‘india’ y la ‘africana’.” Frente a esto, “existió una predisposición a simplificar y agrupar a los humanos a partir de las categorías de base. Así se hablaba, por ejemplo, de guerras de ‘indios’ y ‘españoles’ uniformizando bajo estas grandes categorías a combatientes que tenían una muy diversa pertenencia étnica [...]” p. 288.

<sup>9</sup> Pratt, Mary L., *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1997, p. 22 ss.

<sup>10</sup> Archivo Museo Naval de Madrid, Ms.0327, doc. 21. Este documento fue publicado por De Angelis junto con el Diario de Viedma en De Angelis, Pedro, *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata, Buenos Aires*, Imprenta del Estado, 1837, tomo VI. Éste presenta variaciones en la transcripción que no alteraran el espíritu de la información; no obstante, las citas incluidas aquí se toman del manuscrito original. [en adelante *Descripción*].

<sup>11</sup> Vargas Ponce, José, *Relación del último viaje al Estrecho de Magallanes de la Fragata de S.M. Santa María de la Cabeza en los años de 1785 y 1786. Extracto de todos los anteriores desde su descubrimiento impresos y mms. y noticias de los habitantes, suelo, clima y producciones del Estrecho*, Madrid, Viuda de Ibarra, Hijos y Cia., 1788. pp. 322-337. [en adelante *Relación*].

<sup>12</sup> Vargas Ponce, José, *Relación del último viaje...*, pp. 337-355. [en adelante *Relación*].

<sup>13</sup> Villarino, Basilio, “Diario del Piloto de la Real Armada, D. Basilio Villarino del reconocimiento que hizo del Río Negro, en la costa oriental de Patagonia, el año de 1782” en De Angelis, Pedro, *Colección de obras y documentos*. [en adelante *Diario Villarino*].

<sup>14</sup> Bandieri, Susana, *Historia de la Patagonia*, Sudamericana, Bs. As., 2005, pp. 47-48. El primer ensayo de colonización lo llevó a la práctica, en 1535, Simón de Alcazaba y Sotomayor, cosmógrafo portugués al servicio de España, quien recibió del emperador Carlos V el mando de la zona sur del continente, conocida como *Gobernación del Estrecho* o *Nueva León*. Se instaló en la zona de Punta Lobos o Arrecifes de los Leones, en las costas de la actual provincia de Chubut. Las diferentes dificultades, climáticas, de abastecimiento, la imposibilidad de encontrar un camino que llegase al Pacífico, entre otras, condujeron al fracaso de la empresa colonizadora.

<sup>15</sup> Weber, David, *Bárbaros*, p. 21.

<sup>16</sup> Weber, David, *Bárbaros*, p. 86.

<sup>17</sup> La estructura de este circuito comercial que conectaba la zona de las llanuras con el actual Chile central había comenzado a articularse durante el siglo XVII y alcanzó su apogeo y se consolidó durante el XVIII. Mandrini, Raúl y Ortelli, Sara, “Las fronteras del sur” en Mandrini Raúl (ed.), *Vivir entre dos mundos. Las fronteras del sur de la Argentina. Siglos XVIII y XIX*, Taurus, Bs. As., 2006, p. 30.

<sup>18</sup> Lucena Giraldo, Manuel, “El reformismo de frontera” en Guimerá, Agustín, *El reformismo borbónico. Una visión interdisciplinaria*, Alianza, Madrid, 1996, p. 268-271.



<sup>19</sup> Lázaro Ávila, Carlos, “El reformismo borbónico y los indígenas fronterizos americanos” en Guimerá, Agustín, *El reformismo borbónico*, p. 286 ss.

<sup>20</sup> Gonzáles Montero de Espinosa, Marisa, “Ilustración y antropología: la catalogación del hombre americano” en *Anales del Museo de América*, n°4, 1996, p. 68.

<sup>21</sup> Gonzáles Montero de Espinosa, Marisa, *La ilustración y el hombre americano. Descripciones etnológicas de la expedición Malaspina*, CSIC, Madrid, 1992, pp. 15-40.

<sup>22</sup> Gonzáles Montero de Espinosa, Marisa, “Ilustración y antropología”, p. 71.

<sup>23</sup> Gonzáles Montero de Espinosa, Marisa, *La ilustración y el hombre americano*, p. 13.

<sup>24</sup> Gonzáles Montero de Espinosa, Marisa, *La ilustración y el hombre americano*, pp. 13-14.

<sup>25</sup> Negro, Dalmacio, *El mito del hombre nuevo*, Encuentro, Madrid, 2009, pp. 93-94.

<sup>26</sup> Según el análisis que hace Negro, Rousseau reconocía que era imposible regresar al paraíso perdido o resucitar al hombre natural originario, pero sí se podía intentar reconstruir al hombre para que recuperara al menos su bondad prístina, puesto que la inocencia se había perdido y ya no se podía recuperar. Negro, Dalmacio, *El hombre*, p. 100.

<sup>27</sup> Lafuente, Antonio, et. al., “Dinámica imperial de la ciencia: los contextos metropolitano y colonial en la cultura española del siglo XVIII” en Guimerá, Agustín, *El reformismo borbónico*, p. 178-179.

<sup>28</sup> Vargas Ponce fue un reconocido marino y académico –formó parte de la Academia de la Historia, de que fue dos veces director, de la Academia Española y de Bellas Artes de San Fernando, de la Real Sociedad Matritense y Amigos del País–, historiador naval, geógrafo, poeta, en dos ocasiones diputado, entre otras varias actividades relacionadas con el mundo científico. Aquí me interesa enfatizar sus vínculos con la Marina y la autoría del proyecto, que aunque inconcluso, le dedicó buena parte de su vida: escribir una historia de la marina española. Durán López, Fernando, *José Vargas Ponce (1760-1821): ensayo de una bibliografía y crítica de sus obras*, Cádiz, Servicio de Publicaciones Univ. Cádiz, 1994, p. 4 ss.

<sup>29</sup> Con frecuencia el cuerpo del texto incorpora largas transcripciones de los diarios originales, a veces con la indicación de a quién correspondía la autoría del diario y otras veces no. El mismo criterio se advierte en la sección de la obra dedicada a recopilar los testimonios por los viajeros precedentes de la región.

<sup>30</sup> Durán López, Fernando, *José Vargas Ponce*, p. 72. El autor destaca también el protagonismo que Vargas Ponce alcanzó entre sus contemporáneos, con la publicación de la *Relación*, en la palabras que Sempere y Guarinos escribió en 1789: “Tratándose de publicar este Viaje, hecho también de orden de S.M. el Señor Vargas la tuvo para cuidar la edición, y la enriqueció con muchas noticias y observaciones, fruto de su propio estudio y trabajo. Suyas son la introducción, y toda la segunda parte, que contiene la historia de las expediciones y Viajes, hechas antes de éste al Estrecho de Magallánico: la descripción del mismo Estrecho, la de sus habitantes, y al resolución del problema sobre la posibilidad y conveniencia de su población, en todo lo cual respaldece una copiosa y exquisita erudición unida a la mayor pericia en la profesión náutica.” p. 72.

<sup>31</sup> *Relación*, p. 333.

<sup>32</sup> *Relación*, p. 333.

<sup>33</sup> *Relación*, p. 333.

<sup>34</sup> *Relación*, p. 333.

<sup>35</sup> Archivo del Museo Naval, Ms. 0327, doc. 21, 100r.

<sup>36</sup> Archivo del Museo Naval, Ms. 0327, doc. 21, 101v.

<sup>37</sup> Cuando se refiere a las jóvenes y la virginidad escribe: [...] las que interin son mozas, y tienen esperanza de casarse guardan la virginidad, pero en perdiendo aquella esperanza se entregan a todos. Las casadas si ha sido a su gusto el casamiento que les ha tratado el Padre guardan suma fidelidad al marido, pero en las que no, hay algunos travajos, bien que el adulterio como no sea a vista del marido no es delito, y aun en este caso no se castiga por que se echa la culpa al adulterio [...]” Archivo del Museo Naval, Ms. 0327, doc. 21, 106r. Aún así, la construcción que presenta Viedma deposita en la mujer toda la responsabilidad por las prácticas de laxitud sexual y de adulterio.

<sup>38</sup> Archivo del Museo Naval, Ms. 0327, doc. 21, 103r.

<sup>39</sup> “[...] una de las causas para declararse guerra es que como cada cazique tiene señalado el terreno de su jurisdicción no puede ninguno de sus indios entrar en el terreno de otro sin pedir licencia; para esto el indio que va a pedirla ha de hacer tres humaredas, y hasta que le corresponden con otras tantas no pueden llegar a los toldos, [...]” Archivo del Museo Naval, Ms. 0327, doc. 21, 104v.

<sup>40</sup> *Relación*, p. 334.

<sup>41</sup> *Relación*, p. 336.

<sup>42</sup> Pelliza, Mariano, *La cuestión del Estrecho de Magallanes*, Eudeba, Buenos Aires, 1969, p. 45 [transcripción Real Cédula].

<sup>43</sup> El nombre con el que fue bautizado un puerto natural en el Estrecho, *Puerto de la Hambre*, mantuvo el recuerdo de lo sucedido al intento colonizador de Sarmiento de Gamboa. Allí se había fundado la Población San Felipe, donde, según el relato del expedicionario Juan de Naborough (1669) “[...] Felipe II construyó Fortalezas para cerrar el paso del estrecho de Magallanes a las Naciones Europeas, designio tan absurdo como la erección del Castillo de Douvres

para servir de llave al Canal de la Mancha.” *Relación*, p. 267. La mayor parte de los habitantes del asentamiento perecieron al poco tiempo, debido a la falta de víveres y las inclemencias climáticas; sólo unos pocos sobrevivieron cuando fueron rescatados por un viajero inglés: “[los] recogió Cawendick quando iban á ser victimas del frio, de la hambre, y de todas las necesidades juntas. *Relación*, p. 35.

<sup>44</sup> En varias partes de la *Relación* se encuentran testimonios de los continuos fracasos por establecerse en la región del Estrecho. Una reflexión en la *Relación*, cuando trata el asunto de la navegación por los mares del sur, ofrece una síntesis y explicación de ese problema: “Otros la han creído ventajosa [la navegación] volviendo á establecer la Colonia de Sarmiento [en el Puerto de la Hambre], en la que encontrándose los navios con prácticos del Estrecho, cesen mucho de los riesgos de la navegación; pero los rigores del clima, que no pudieron resistir aquellos Españoles, ni aun los Holandeses que han invernado en el Estrecho, el mucho costo de su manutención, son consideraciones muy poderosas: de suerte, que la razon y la experiencia se unen para determinar que se abandone la navegación del Estrecho de Magallanes.” *Relación*, p. 163. Aún así, desde mediados del siglo XVIII la utilización del Estrecho como vía de comunicación interoceánica volvió a despertar el interés de la Corona, aunque sin intención de asentar ninguna colonia en el propio Estrecho.

<sup>45</sup> *Relación*, p. 337.

<sup>46</sup> *Relación*, p. 337. El destacado me pertenece.

<sup>47</sup> *Relación*, p. 338.

<sup>48</sup> *Relación*, pp. 339-340.

<sup>49</sup> *Relación*, p. 348.

<sup>50</sup> *Relación*, pp. 348-349.

<sup>51</sup> *Relación*, p. 349.

<sup>52</sup> *Relación*, p. 350.

<sup>53</sup> *Relación*, p. 354.

<sup>54</sup> *Relación*, p. 355.

<sup>55</sup> Duchet, Michèle, *Antropología e historia en el siglo de las luces*, Siglo XXI, México, 1975, p. 289.

<sup>56</sup> Weber, David, *Bárbaros*, p. 54.

<sup>57</sup> Mandrini Raúl y Ortelli, Sara, “Las fronteras”, p. 28.

<sup>58</sup> *Diario Villarino*, p. 13.

<sup>59</sup> *Diario Villarino*, p. 15.

<sup>60</sup> *Diario Villarino*, p. 34-35. “Este muchacho dice que en su tierra no hay indios ladinos, y que el motivo de haber él aprendido el castellano, fue porque un perulero llamado Prieto, que por el trato de ganado había tenido recíproca amistad con su padre, lo llevó a Valdivia para enseñarlo, y que después de un año, habiéndose empobrecido dicho Prieto, se fué a Chile llamado de un tal D. Antonio Roldán, amigo suyo, y el muchacho corrió la misma fortuna, y dice que habrá poco de un año que volvió á su tierra.”

<sup>61</sup> *Diario Villarino*, p. 36. El destacado me pertenece.

<sup>62</sup> *Diario Villarino*, p. 41.

<sup>63</sup> *Diario Villarino*, p. 86. El destacado me pertenece.